

desalentó, abandonó la región de las borrascas, y volvió á sus espacios cerúleos. Hizo bien: allí estaba mejor que en ninguna parte. Un alma delicada puede arrebatarse, y llegar á veces á la vehemencia de los seres más violentos; recuerdos personales, según se dice, le habían suministrado el asunto de *Maud* y de *Locksley Hall*; con una delicadeza de mujer, había tenido nervios de mujer. Pasado el arrebatado, volvió á caer «en sus doradas languideces», en su tranquilo ensueño. Después de *Locksley Hall* había escrito *La Princesa*; después de *Maud* escribió *Los Idilios del rey*.

III

La gran cuestión para un artista es encontrar asuntos que se amolden á su talento. Este no siempre lo consiguió. Su largo poema *In memoriam*, escrito en recuerdo y alabanza de un amigo malogrado, es frío, monótono y artificioso. El poeta dirige el duelo; pero, á fuer de correcto gentleman, con guantes flamantes, se enjuga las lágrimas con un pañuelo de batista, y, durante el oficio religioso con que acaba la ceremonia, manifiesta toda la compunción de un laico respetuoso y bien educado. En otra parte encontrará sus asuntos. El objeto de un poeta *dilettante* es ser feliz poéticamente. Para eso hacen falta muchas cosas. Hace falta ante todo que no existan el lugar, los acontecimientos, ni los personajes. Las cosas reales son groseras, y feas siempre por algún lado; cuando me-

nos, son pesadas; no las manejamos á nuestro antojo; oprimen la imaginación. En el fondo lo único verdaderamente bello y dulce de nuestra vida son nuestros ensueños. No estamos á gusto mientras permanecemos pegados al suelo, arrastrando miseramente los pies de acá para allá dentro de la cerca que nos recluye. Anhelamos vivir en otro mundo, volar por el dilatado reino de los aires, edificar palacios en las nubes, verlos hacerse y deshacerse, seguir en una vaporosa lontananza los caprichos de su móvil arquitectura y las espirales de sus volutas de oro. Hace falta también que, en ese mundo fantástico, todo sea grato y bello, que gocen el corazón y los sentidos, que las cosas sean risueñas ó pintorescas, que los sentimientos sean delicados ó elevados, que ninguna crudeza, ninguna discordancia, ninguna brutalidad, ninguna selvaticidad manchen con su exceso la armonía matizada de aquella perfección ideal. Esto transporta al poeta á las leyendas de la caballería: he ahí el mundo fantástico, magnífico, noble y puro por excelencia, donde el amor, la guerra, las aventuras, la generosidad, la cortesía, todos los espectáculos y todas las virtudes que convienen á los instintos de nuestras razas europeas, se han reunido para ofrecerlas la epopeya que las enamora y el modelo que las cuadra.

V

La Princesa es una magia sentimental como las de Shakespeare. Tennyson ha pensado y sentido esta vez

como joven caballero del Renacimiento. Lo peculiar de semejante espíritu es una superabundancia y como un desbordamiento de savia. En los personajes de *La Princesa*, lo mismo que en los personajes de *Como V. quiera*, rebosan la imaginación y las emociones. Para expresar su pensamiento, rebuscan en todos los siglos y en todos los países; extreman el discurso hasta las temeridades más desusadas; envuelven toda idea en una imagen brillante que se arrastra y reluce en torno de ella como un vestido de brocado esmaltado de piedras preciosas. Su naturaleza es demasiado rica: á cada sacudida brotan de ellos raudales de alegría, de cólera ó de deseos; viven más que nosotros, con más calor y rapidez. Son extremados, refinados, prontos á las lágrimas, á la risa, á la adoración, á la burla, é inclinados á mezclar lo uno con lo otro, precipitados por un temperamento nervioso al través de los contrastes y hasta los extremos. Se solazan en la pradera poética con caprichos y alegrías impetuosas y volubles. Para satisfacer la sutileza y exuberancia de su invención, necesitan magias y mascaradas. Magia y mascarada es, en efecto, *La Princesa*. La bella Ida, hija del rey de Gama, que es un monarca del Sur (esos países no figuran en el mapa), fué desposada muy niña con un hermoso príncipe del Norte. Llegada la edad, la reclaman. Ella, altiva y nutrida de doctos razonamientos, se subleva contra la dominación de los hombres, y, para emancipar á las mujeres, ha fundado en la frontera una universidad que elevará á su sexo, y será la colonia de donde ha de salir la igualdad futura. El príncipe parte con Cirilo y Florián, dos amigos; obtiene la venia del anciano Gama, y, disfrazado de mujer, entra en el recinto virginal, donde no puede penetrar nadie so pena de

muerte. En esa pintura de una universidad de señoritas campea una gracia encantadora y burlona. El poeta juega con la belleza; ninguna chanza más tierna y novelesca. Sonríe uno al oír las graves expresiones que salen de aquellos labios sonrosados. «Helas ahí, á lo largo de los bancos, como palomas por la mañana sobre el techo de paja, cuando cae el sol sobre sus blancos pechos»; oyen párrafos de historia y promesas de renovación social, vestidas de seda color de lila, con cinturones de oro, «espléndidas como mariposas acabadas de nacer»; entre ellas una niña, Melisa, «una rubia sonrosada, semejante á un narciso de Abril, con los labios entreabiertos, y todos sus pensamientos visibles en sus hermosos ojos, como las ágatas del fondo que parecen ondular y flotar por la mañana en las corrientes de cristal del mar transparente». Y creed que el sitio aumenta la magia. Ese fermentado nombre de colegio y de facultad no nos recuerda á nosotros más que edificios ahogados y sucios, que cualquiera tomaría por cuarteles ó casas de hospedaje. Aquí, como en una Universidad inglesa, suben las flores á lo largo de los pórticos, ciñen las vides los pies de las estatuas, las rosas alfombran las avenidas con sus pétalos; alrededor de los porches crecen masas de laurel; los patios, con su arquitectura de mármol, aparecen adornados de frisos esculpidos y sembrados de urnas de donde pende la verde cabellera de las plantas. En medio ondea una fuente que rodean en grupos, tres á tres, las Musas y las Gracias.» Después de la lección, unas acariocian pavos reales domesticados entre la alta hierba de las praderas; otras, «apoyadas en una balaustrada, por encima de la campiña purpúrea, respiran la brisa, que, saturada de aromas de innumerables rosas, bate sus párpados con

sus fragantes oleadas. Cada ademán, cada actitud nos delata jóvenes inglesas; vemos sus colores, su frescura, su inocencia. Y también se vislumbra de vez en cuando la profunda expresión de sus grandes ojos soñadores. «Lágrimas (canta una de ellas), vanas lágrimas, no sé lo que significan. Lágrimas que brotan de las profundidades de alguna desesperación divina suben al corazón y se reúnen en los ojos, al mirar á los felices campos del otoño y al pensar en los días que ya no existen.» He ahí la exquisita y extraña voluptuosidad, el ensimismamiento lleno de delicias al par que de angustias, el estremecimiento de pasión delicada y melancólica que habéis visto ya en *Cuento de invierno* y *La Noche de Reyes*.

Los hombres han salido con la princesa y su cortejo, todos á caballo, y se detienen en una garganta junto á un soto, «á tiempo que el sol va dilatándose á la aproximación de su muerte, y tiñe de rosa las alturas que se destacan sobre las praderas». Cirilo, acalorado por el vino, empieza una canción de taberna, y se descubre. Ida, indignada, quiere marcharse; resbala y cae al río; el príncipe la salva y quiere huir. Pero es detenido por los guardianes y conducido ante el trono donde se halla en pie la altanera joven, pronta á pronunciar la sentencia. En este momento se alza gran tumulto, y se ofrece en el patio un espectáculo extraño. «De la sala iluminada caían oblicuamente largos regueros de esplendor sobre una masa de niveos hombros apiñados como rebaño de ovejas, de ropajes á modo de iris, de diamantes y ojos diamantinos, de oro y áureos cabellos. Las jóvenes ondulaban de uno á otro lado como flores agitadas por la tempestad, encendidas las unas, pálidas las otras, todas con la boca abierta, todas con los ojos dirigidos hacia la luz, gri-

tando unas que había un ejército en el país, éstas que había hombres hasta en los muros, aquéllas que les importaba poco, hasta que subió un clamoreo como el de una nueva Babel... Por encima de ellas se erguían las serenas Musas de marmol con su plácida mirada.» Es que el padre del príncipe acaba de llegar con su ejército para librarle, y se ha apoderado del rey Gama como rehén. Hela, pues, obligada á dejar en libertad al joven. Sedirige hacia él con la nariz palpitante, suelto el cabello, henchido de tempestad el corazón, y le da las gracias con amarga ironía: «Os habéis conducido como caballero y como príncipe. Y os sienta á maravilla el traje de mujer.» Palpita á impulsos del orgullo herido; balbucea, trata de reprimirse para insultar mejor, y prorrumpe de repente: «¡Vos que habéis tenido la audacia de forzar nuestras barreras y burlar á nuestros guardianes, y ofendernos, y engañarnos y ultrajarnos! ¡Casarme yo con vos! ¡Yo vuestra mujer, vuestra esclava! ¡Nunca, aunque se acumulase todo el oro que yace en las entrañas de la tierra para forjar vuestra corona, y aunque os llamasen rey todas las lenguas habladas en el mundo! ¡Señor! ¡Vuestra falsía y vuestra presencia nos hacen daño! Desprecio vuestras proposiciones y os desprecio á vos. Idos. ¡Hola! ¡Plantadle á la puerta!» ¿Cómo ablandar ese corazón furioso, enardecido de cólera femenina, agriado por la decepción y la ofensa, exaltado por largos sueños de dominio y primacía, y á quien la virginidad hace más selvático aún? Pero ¡qué hermosa está encolerizada! ¡Y qué bien se revelan la generosidad y la elevación de un corazón juvenil y prendado de lo bello en esa vehemencia de sentimientos, en esa arrogante declaración de independencia y en esa quimérica ambición de reformar el porvenir! Se conviene en decidir la

querella por un combate de cincuenta contra cincuenta. El príncipe es vencido, é Ida le ve ensangrentado sobre la arena. Poco á poco, á despecho de sí misma, cede á las súplicas, recoge á los heridos en su palacio y se acerca al lecho del moribundo. Ante su languidez y su delirio brota la compasión, la ternura, el amor, en fin, «como campanilla alpina, rociada de lágrimas matinales junto algún frío glaciador, frágil y endeble al pronto, pero que de día en día cobra brillo». Una noche, el príncipe vuelve en sí, extenuado, con la mirada velada aún por fúnebres visiones; la ve flotar ante él como un ensueño; abre penosamente los pálidos labios, y la dice en voz muy baja: «Si sois aquella Ida que conocí, nada os pido; pero si sois un sueño, un dulce sueño, colmad la ilusión. Yo moriré esta noche; inclinaos, y haced ademán de besarme antes que muera. Ella se volvió; se detuvo; se inclinó, y, temblando nuestros corazones, se encontraron nuestros labios. De lo profundo de mi abatamiento surgió un grito, el amor coronado que se lanzaba del borde de la muerte; y por las venas palpitantes subió el alma, y, concentrada en un beso de fuego, se pegó á la boca de Ida. Volví á caer hacia atrás, y ella se retiró de mis brazos, encendida de noble rubor. Toda la falsa envoltura había caído á sus pies como un vestido, y ahora se revelaba como mujer, más peregrina que antes, al salir del estéril abismo para conquistarlo todo por el amor, manando líquido cristal, y deslizándose desnuda á lo lejos por las purpúreas riberas de las islas, como una doble luz en el aire y en las ondas.» He ahí el acento del Renacimiento, tal como salió del corazón de Spenser y de Shakespeare, que alimentaron esa adoración voluptuosa de la forma y del alma, y ese divino sentimiento de la belleza.

V

Hay otra caballería que abre la Edad Media, como ésta la cierra; una caballería cantada por niños, como ésta por jóvenes, y resucitada en los *Idilios del rey*, como ésta en *La Princesa*. Es la leyenda de Arturo, de Merlín y de los caballeros de la Tabla Redonda. Tennyson ha renovado sus sentimientos y su lenguaje con un arte admirable; esa alma flexible se adapta á todos los tonos para procurarse todos los placeres. Esta vez se hizo épico, primitivo y candoroso, como Homero y como los antiguos trovadores de las canciones de gesta. Es dulce salir de nuestra civilización artificiosa, remontarse á las épocas y costumbres primitivas y escuchar el plácido discurso que corre caudalosa y mansamente como un río por una pendiente llana. Lo característico de la antigua epopeya es la claridad y la serenidad. Las ideas acaban de nacer; el hombre es dichoso y niño aún. No ha tenido tiempo de refinar, de cincelar é iluminar su pensamiento; le expone desnudo. No le aguijan aún concupiscencias multiplicadas; piensa desahogadamente. Toda idea le interesa; la desenvuelve atentamente; la explica. Su discurso no da saltos jamás: va paso á paso de un objeto á otro, y todos le parecen bellos; se detiene, mira y se complace en mirar. Esa sencillez y esa calma son originales y encantadoras. Se deja uno llevar; se encuentra á gusto; no desea ir más de prisa: parece que se